

Resumen

La construcción de identidad en espacios de participación social no formales adquiere una relevancia importante, en tanto son operados por mecanismos que condicionan no sólo a estos espacios sino a la sociedad en general.

La concepción del tiempo, las nociones de tiempo actuales, y sobre todo la velocidad a la que transcurre el devenir cotidiano, marcan indefectiblemente esta construcción subjetiva.

El presente artículo intenta echar luz sobre el papel del tiempo y las diferentes temporalidades que se generan en una sociedad regida por el mercado, en la construcción de identidad, particularmente de la identidad del sujeto de los comedores.

Los comedores

En los últimos años los comedores comunitarios, junto con otras instituciones no-formales, han tomado en muchos casos el lugar que el Estado y las instituciones formales fueron dejando en manos del mercado. Una de estas funciones básicas es la formación de ciudadanía y la formación, en general, de sujetos activos en una sociedad que hoy aparece desmovilizada.

Cada práctica que realiza el hombre está orientada (o debería estarlo) hacia una idea de futuro, a veces para modificarlo, otras para mantener las cosas como están. Estas prácticas aunque sea de forma inconsciente están fuertemente vinculadas con la idea de acción, cada acción tiene una consecuencia y si no es uno mismo quien la prevé y la contempla, siempre hay alguien que lo hace por nosotros. Los comedores comunitarios, como espacios de acción comunitaria y social no escapan a esta lógica. Lo que aquí se intenta es dar cuenta del modo en que estos espacios son, hoy por hoy, espacios formadores de sujetos, constituyentes de identidad y polos de identificación, tanto para sus "participantes", como para aquellos que los miran desde afuera. Las actividades que se realizan en el ámbito de los comedores nos están hablando de una forma de ser, no sólo de sus líderes o encargados, sino de una comunidad, o al menos de una micro comunidad, que es la que conforma estos espacios y que se ve alterada, a la vez que altera, su propio destino con su intervención.

La idea de este trabajo es lograr establecer una relación entre la construcción de identidad y sujetos sociales en los comedores y la que se establece en torno a la concepción del tiempo y la modificación de temporalidades que sufren los beneficiarios al modificarse el marco social tradicional por otro descentrado e individual.

Pensar a los comedores como un espacio de frontera es reconocerlo como emergente. Se presenta como un espacio que recupera prácticas de otros espacios, que admite darle nuevos sentidos y desdibujar los límites que parecían separarlos. Es esa coexistencia lo que permite definirlo como un *nuevo* espacio.

Cuando hablamos de coexistencia (1) no nos referimos a un simple *estar en el mismo lugar de*. Pensar en coexistencia va más allá de compartir un mismo escenario, tiene que ver con darle una identidad a ese espacio y, en la relación, elaborar nuevos sentidos. Formar una trama que dé cuenta de un espacio distinto, de otro espacio que pueda ser recorrido con sentidos plurales, que no se presenta como clausurado, sino en constante transformación, en constante cambio.

El comedor es experimentado como un lugar donde se puede ir a *compartir*, a poner en común. "*Estamos todos en la misma*", es el comentario que surge a cada momento. Con esta frase se vislumbra uno de los sentidos que cobra el Comedor: el del espacio que nuclea en la crisis, que une en la dispersión.

Los comedores convocan desde la necesidad, no sólo de conseguir la comida diaria, de *zafar* (como muchos de los entrevistados definieron), sino, también, desde la necesidad de compartir con otros la crisis, de no atravesarla solos. Frente a una situación que los desestructura, los desenchaja, buscan nuevos espacios para resistir.

En este sentido, la noción misma de tiempo es puesta en juego, reelaborada y resignificada. Al respecto de esta modificación en las percepciones temporales, cabe la consideración que hace Ludmila Catela, acerca de los piquetes, que bien puede aplicarse a los comedores, ya que desde la práctica solidaria, y el compartir ante la falta de oportunidades se asemejan en mucho. "El *piquete* es más que un lugar donde se va a protestar. Es un espacio pero también *el tiempo que reemplaza al del trabajo*" (1). Y entonces el tiempo del piquete no es el de la *desocupación*, el del vacío que deja el sin-trabajo, sino un tiempo-otro, un *tiempo-acción* de solidaridad y apoyo mutuo, de compartir tristezas y organizar protestas, un tiempo para recrear pertenencias y revivir valores colectivos, para construir símbolos horizontales y quebrar jerarquías, para llenar de movimiento un presente aparentemente

inmóvil y retejer memorias de desaparecidos y antepasados.

Caracterizar a los comedores no es una tarea fácil. Cada comedor es un pequeño mundo, su historia, sus objetivos, sus relaciones con la comunidad en la que se insertan son en cada caso dignas de un análisis particular. Como primer acercamiento podríamos decir que cada organización de desocupados y cada comedor se ubica como un nodo de redes sumamente complejas. Hay vínculos (muy diversos) con distintos niveles y sectores del Estado: desde el Estado nacional hasta los municipios; hay vínculos con los "punteros" de los partidos políticos; hay relaciones entre las organizaciones; múltiples relaciones entre esas organizaciones y "la gente": sus beneficiarios directos y el barrio en general. A su vez, podemos percibir que detrás del funcionamiento de algunas de estas redes sociales y políticas funcionan, al menos en algunos casos, redes de parentesco.

Se detectó que muchos de los comedores se fueron transformando de una actividad particularizada de algunos vecinos, a una actividad más comunitaria y participativa. Aparece como indicador significativo el lugar físico que fueron ocupando, con una clara tendencia hacia lugares neutros de posesión comunitaria.

En cuanto a las actividades que se desarrollan, se observa que, de ser en un principio únicamente asistencia alimentaria se fueron diversificando hacia Huertas Comunitarias y Talleres Artesanales.

Una demanda puntual por parte de las personas involucradas en los diferentes proyectos es que expresan la necesidad de tener conocimientos de técnicas para promover la participación de las personas que son beneficiarias directas de las actividades del comedor, pero que muestran desinterés al momento en el que se le solicita colaboración.

Identidad, tiempo y participación comunitaria

En cuanto a la conformación de identidad a partir de las prácticas comunitarias, pudimos observar que tanto las actividades, los recursos y la propia situación de carencia configuran un panorama particular de construcción colectiva de una identidad negativa, una identidad que surge de esas carencias, de la falta de expectativas que deja un mundo sin trabajo, sin oportunidades y con espacios mínimos de participación concreta. El carácter negativo de esta conformación no habla en sí de su condición, sino del proceso de cómo se configura, no por asociaciones positivas, sino a partir de esas carencias, de la falta de previsión a la que nos somete la realidad tanto laboral como social en nuestro país.

En este sentido, y como habíamos dicho, la noción misma de tiempo se ve modificada. No sólo porque los tiempos del trabajo son reemplazados, en estos casos donde no hay una institucionalidad en torno a lo laboral, sino porque la noción misma de tiempo es despojada de cualquier perspectiva, tanto para atrás (pasado) como para adelante (futuro). Esta temporalidad contemporánea no es exclusividad absoluta de estos espacios, ni del aspecto socioeconómico; la idea del tiempo es modificada en todos los ámbitos de la vida.

El pasado pierde consistencia ante la necesidad de sobrevivir el presente, y el futuro no puede pensarse sin tener una noción acabada del pasado ni tener claro el propio presente. Así, el pasado deja de ser parte de la memoria, y se convierte en una historia que otros nos cuentan, en una operación que nos permite mezclar los hechos, las sensibilidades y los estilos, los textos de cualquier época, sin la menor articulación con los contextos y movimientos de fondo de esa época. Un pasado así no permite tomar distancia de la inmediatez que estamos viviendo, contribuyendo a hundirnos en un presente sin fondo, sin piso, y sin horizonte. La construcción del presente, en estos términos, implica también una rotunda ausencia de futuro. Catalizando la sensación de "estar de vuelta" de las grandes utopías, los medios se han constituido en un dispositivo fundamental de instalación en un presente continuo, en "una secuencia de acontecimientos, que no alcanza cristalizar en duración, y sin la cual ninguna experiencia logra crearse, más allá de la retórica del momento, un horizonte de futuro" (2). Y sin un mínimo horizonte de futuro no hay posibilidad de pensar en cambios, con lo que la sociedad no tiene muchas más alternativas que repetirse cíclicamente en un espacio vacío.

La identidad

Antes de continuar indagando sobre la valoración del tiempo en estos espacios como formadores de subjetividades, cabe aclarar algunos conceptos en torno a la identidad, desde una concepción específica. Tomando la interpretación de autores como Dubar, Elías, Rampazi y Lechner que hace Eugenia Longo en su trabajo "Un tiempo incierto. La socialización en un contexto de transformaciones" (3) y haciendo un esfuerzo por acotar el tema, a riesgo de simplificar, podríamos pensar la identidad a partir de las siguientes características:

a) La identidad es un proceso dinámico.

No puede ser entendida como históricamente determinada, ni como una consecución pasiva de roles en la vida de una persona; es en cambio una negociación interactiva y significativa.

b) La identidad es el producto de una articulación entre lo personal y lo social.

La identidad es una construcción/reconstrucción entre dos procesos y dimensiones de los sujetos: lo biográfico y lo relacional. El sujeto construye su identidad a partir de una transacción interna al individuo, delineando *qué tipo de persona se quiere ser* según su biografía; y una transacción externa entre el individuo y las instituciones y grupos de pertenencia, a través de la cual se perfila *qué tipo de persona uno es*, y con ello a qué definición oficial corresponde.

De esta manera y a través del conjunto de representaciones sociales que conforman, por un lado, los actos de pertenencia; y por otro, los de atribución, el sujeto edifica en una misma identidad dos dimensiones: la identidad según su propia visión y la identidad según la visión externa, la del otro.

Ambos aspectos de la identidad son inseparables y se construyen en un proceso continuo en el que el sujeto y su entorno se cruzan y determinan. La distinción entre lo biográfico y lo social, debe comprenderse solamente en un plano analítico. La identidad es el resultado contingente de la articulación de esas dos dimensiones, realizada en el plano del discurso. Es decir, dicha articulación, se procesa en el nivel simbólico de las representaciones.

c) La identidad es el resultado de los diversos procesos de socialización.

La identidad es el “resultado a la vez estable y provisorio, individual y colectivo, subjetivo y objetivo, biográfico y estructural de los diversos procesos de socialización que conjuntamente construyen a los individuos y definen a las instituciones” (4). La identidad personal se vincula con la capacidad de las personas de diferenciarse de los demás y ser, por ello, únicas e irrepetibles. La identidad grupal, en cambio, nos hace partícipes de la sociedad e influenciados por los procesos históricos de índole política, cultural y económica.

La dimensión relacional, es decir, la “identidad para otro”, es ineludible en un estudio sobre identidad, porque esta última está vinculada a la incesante búsqueda de reconocimiento: el otro es fundante desde las etapas más tempranas de la vida.

d) La identidad es un espacio de conflicto, superposición, restricción y oportunidad.

Las identidades se nutren constantemente de identificaciones que cimientan la subjetividad, y con ello construyen microscópicamente las prácticas de cada persona. Las fuentes significativas e identificatorias de la subjetividad pueden ser múltiples, es decir, existe un abanico de discursos interpelantes que materializan actos permanentes de atribución a los sujetos. La familia, como instancia más temprana, provee las identificaciones primarias, que estarán seguidas por otras que emanan de posteriores marcos referenciales presentes a lo largo de toda la vida, como el grupo generacional, el grupo étnico, la formación escolar, la pertenencia política, la comunidad o barrio, la religión, el género y el espacio de trabajo.

Debido a la multiplicidad de interpelaciones, la identidad no se compone de elementos armónicos, sino que está interceptada por prácticas y discursos diferentes o antagónicos. Pero, precisamente porque las identidades son construidas también a partir del discurso, es necesario entenderlas como producidas en espacios institucionales e históricos específicos, que es imprescindible atender en cualquier análisis. Emergen del juego de diferentes modalidades de poder, de procesos de exclusión y de diferenciación, pero también de las diferentes estrategias de reacción e interpretación por parte de los sujetos. Por eso son parte de un proceso de construcción y reconstrucción inagotable, en el que las personas no pierden su papel activo y protagónico. Diferenciación, identificación y reconocimiento son momentos inseparables y articulaciones del proceso de construcción de identidad que están situados en toda la experiencia social, y en caso particular de los espacios emergentes aparecen con un marcado acento a esas carencias a las que hacíamos mención, por tanto la experiencia tiene que ver más con las faltas con las abundancias.

La identidad es un proceso temporal

La identidad como producto histórico expresa un proceso de construcción y reconstrucción situado en un devenir temporal.

El tiempo como institución social, en tanto constituye la medida para elaborar concepciones sociales y vitales para el desarrollo de las actividades cotidianas, se convierte así en símbolo y constructo que configura, y es configurado, tanto a los sujetos en forma individual como en conjunto, socialmente.

El tiempo es ese reducto de la construcción identitaria en el que los sujetos depositan marcas particulares, índices de conducta y de experiencias respecto a los cuales van conformando su propia historia y la historia social en términos generales. La experiencia de los hombres se ve plasmada, entonces en la experiencia temporal, generando así concepciones particulares también respecto al tiempo.

Teniendo en cuenta esta circunstancia en la que el tiempo pasa a ser más que un dato objetivo una construcción subjetiva, constituyente/constitutiva de las conductas sociales, podemos hablar de una construcción social del tiempo (5), en la que los sujetos ajustan su propia experiencia y concepción del tiempo a la construcción que se genera socialmente. Se concilian de esta forma construcciones o nociones no siempre concordantes para dar lugar a una historia social común, a un tiempo en común. Es este tiempo entonces una conjunción de tiempos, una conciliación de temporalidades mejor dicho, ya que cada noción del tiempo

lleva implícito una forma particular de vivirlo, de relacionarlo con las experiencias, que en él se incluyen. Es en este sentido que podríamos hablar de una conjunción de tiempos que darían forma a uno solo, que claro está, debe respetar esta conformación multiforme para comprenderlo.

Existe además, un aprendizaje del tiempo, de sus pautas y prácticas, sus límites y secuencias. Los diferentes tiempos que componen ese tiempo social, son recursos sustanciales para las definiciones y para la articulación de la identidad; y permiten mediante el uso de las categorías temporales de presente, pasado y futuro, otorgarle sentido y buscarle coherencia a la propia subjetividad (6).

En la identidad personal confluyen temporalidades heterogéneas y modos de articulación de las mismas. Los diversos tiempos comprenden: la temporalidad inscrita en nuestro cuerpo y vivida como duración; la temporalidad intersubjetiva, vivida como sincronización de las interacciones cara a cara; y la temporalidad biográfica, vivida como relación entre las unidades de sentido más importantes en la construcción y reconstrucción de la totalidad de nuestro itinerario de vida (7).

Aquí entra a jugar también la idea de tiempo compartido, de tiempo vivido socialmente, es ese cúmulo de experiencias compartidas situadas en tiempos simultáneos que constituyen al fin una experiencia común, una “memoria colectiva”.

La coherencia para sí y frente a otros de un “proyecto de vida”, entendido como una definición subjetiva “que permite al individuo objetivarse por la acción y darle coherencia a todas sus elecciones efectivas de acción previstas” (8), es una de las principales búsquedas en relación con el significado que el tiempo tiene para la identidad.

Finalmente, encontramos diversas temporalidades en diversos campos de acción, cada espacio configura una estructura particular para entender el tiempo y construir identidad. Así como la escuela es uno de los primeros ámbitos de “disciplinamiento temporal”, es decir de imposición y aprendizaje del tiempo compartido con otros y de sus límites y el tiempo de la producción y el trabajo ha constituido un factor clave de ordenamiento y organización temporal. Hoy por hoy el orden de ese tiempo del trabajo se desvirtúa y en su lugar surge un des-orden temporal que nace desde la experiencia de la falta de trabajo, de la construcción comunitaria, que tiene sus propios tiempos y sus limitaciones tanto sociales como individuales. Con la desaparición del salario estable, el mundo del trabajo dejó de ser el lugar fecundo donde las identificaciones generadas a partir de diferenciaciones estables en el mercado laboral, contribuyeron a establecer un firme reconocimiento de los sujetos y de su valor dentro de la sociedad. Es decir que si bien el mercado es hoy por hoy el que marca el ritmo de las construcciones en rededor de la idea de tiempo, aquellos que circulan por fuera de ese mundo del mercado, que están condicionados por él, pero no atravesados, conforman sus propias nociones de tiempo, lo organizan de forma diferente y lo viven de manera distinta. Esta redefinición continua del tiempo en relación con la construcción identitaria da como resultado, entre otras cosas, esta concepción del tiempo no como un elemento con el que luchar, como aquel que debía consumirse en forma improductiva luego de no poder re-ingresar al mercado del trabajo, sino más bien reconstruirlo a partir de esa idea de transformar ese “tiempo de ocio”, improductivo, en un tiempo otro, en un tiempo de luchas, compromiso y solidaridad.

El tiempo actual y la construcción ciudadana

Estos modos de producción, aprendizaje y uso del tiempo dentro de los espacios de participación social no tradicionales se conjugan y se producen a partir de procesos más amplios.

Diversos autores han teorizado intentando describir el actual “modelo temporal” a un nivel macro; como procurando descifrar algunos rasgos específicos que delimitan fuertemente la experiencia temporal de los sujetos. Es útil en esta dirección, la caracterización que realiza Norberto Lechner (9) de la temporalidad moderna.

El redimensionamiento del tiempo sucede en el marco de dos procesos: por un lado, la “aceleración del tiempo”, por medio de la cual la vida social adquiere una velocidad cada vez mayor, descomponiendo la estructura temporal que nos era familiar y volviendo difusos los límites de construcción del orden. “Se debilita el concatenamiento de pasado, presente y futuro mediante el cual estructuramos el tiempo y, por lo tanto, la capacidad de insertar un momento dado en una perspectiva histórica. Tanto el pasado como el futuro parecen desvanecerse” (10).

Por el otro, la “diferenciación de temporalidades”. Si bien el uso y la conciencia del tiempo ha variado según las categorías sociales, las experiencias subjetivas y las determinaciones económicas, “ahora, las distintas áreas de la sociedad despliegan temporalidades más específicas; los procesos productivos y las operaciones financieras, las innovaciones tecnológicas y las actividades culturales, todos los ámbitos desarrollan dinámicas y ritmos propios que obedecen a ‘programaciones’ internas. Tal diferenciación obliga a reemplazar una sincronización central por un ajuste de las velocidades y secuencias caso a caso” (11).

Estamos viviendo una época en la que el pasado se pierde de vista y por tanto no se logra construir una noción cabal del futuro.

El “presente autárquico” inaugura un nuevo modo de encadenamiento con el tiempo: se trata de un presente cada vez más desaferrado del pasado y del futuro y donde los principales ejes serían la autorreferencia y la autosuficiencia. El hombre presente

es el hombre de la contingencia. El sentido de su ser reside en su vivencia inmediatamente perceptible y representable y no en una espera. La solidaridad del tiempo y la duración se rompe (12).

La preeminencia del presente socava la tensión entre duración e innovación y la reemplaza por un solo dispositivo: la repetición. “Cuando el tiempo es consumido como una voraz repetición de imágenes fugaces al estilo de un *videoclip*, la realidad se evapora y a la vez, se vuelve avasalladora” (13).

La pérdida de sustento del presente que se muestra desvinculado del pasado y sin continuidad en un futuro genera en la sociedad la sensación de un presente volátil, poco asequible y desde el cuál es muy difícil construir certezas.

La existencia de un presente sin límites exactos, diluido entre un pasado que se pierde y un futuro que cuesta divisar, impide la construcción social de identidades colectivas y de proyectos de sociedad a largo plazo, el orden y la lógica pierde terreno ante la inmediatez y la velocidad que impone el modelo social actual. Toda construcción del orden presupone cierto trasfondo histórico que ancla individual y colectivamente como memoria, a la vez que todo orden reivindica su duración y conquista su legitimidad cuando se afianza como un orden duradero en el cual vale la pena invertir intereses y afectos. “Ahora bien, en la medida en que no se dispone de un campo de experiencias válidas y de un horizonte de expectativas que permita calcular, prever e interpretar los procesos sociales, aumenta el grado de contingencia” (14).

Hoy nos encontramos ante una realidad que antes de ser vivida es transitada, el objetivo actual como sociedad es el tránsito, pasarla lo mejor posible con la menor consecuencia física y económica. Esta situación impide definitivamente la construcción de proyectos tanto personales como colectivos. La incertidumbre social, económica y política a la que nos hemos tenido que acostumbrar genera un tipo de sujeto sobreviviente de su época histórica. Así las cosas, sería difícil aventurar un tipo de sujeto con una alta conciencia de su “lugar en el mundo”, con un manejo autónomo de sí y de su entorno. Más bien nos inclinamos por pensar que salvo raras excepciones el sujeto está prisionero de su propio destino.

Las excepciones o mejor dicho los intentos por forjar un proyecto social o colectivo con una mínima proyección de futuro están supeditados al devenir de los intereses políticos que de una forma u otra fomentan estas proyecciones.

Si en términos laborales estamos en presencia de una falta de certidumbre crítica, que no permite una construcción social como antaño, en estos espacios en los que el trabajo es una de las formas de constitución de los sujetos, uno de los lugares de anclaje identitario, pero no el que prima, la incertidumbre se vuelve desconcierto, pánico, y en última instancia resignación, que termina por ser la delegación total del destino en manos de terceros.

La construcción de identidad exige no sólo un reconocimiento del entorno y los elementos actuantes en la vida de los sujetos, sino de las diferentes temporalidades que se conjugan en la sociedad capitalista actual, con el objetivo último de adquirir una real conciencia del espacio social que ocupa, para desde ese lugar elaborar una imagen, una estructura interna con proyección a futuro, un proyecto individual que le permite reconocerse como sujeto y diferenciarse de otros grupos, a la vez que bregar por un futuro posible y deseable.

Notas

1 Coexistir puede parecer un concepto tibio, como si le faltara atravesamiento político, como si diera cuenta de algo natural, de algo que es así. Por eso es importante aclarar que no se piensa la coexistencia en términos de autodeterminación, de espacios que conviven en su pureza, porque esto sería pensar que pueden existir espacios puros, en el sentido de no atravesados por prácticas de otros espacios. No puede pensarse en el trabajo sin la socialización o el encuentro, no puede dejar de plantearse que lo que es espacio de necesidades para unos es espacio de trabajo para otros. Pero lo llamativo de los comedores es cómo esos diferentes espacios son reconocidos, son representados, reproduciendo, pero también produciendo nuevos sentidos.

2 CATELA DA SILVA, Ludmila (2003) Nos vemos en el piquete...Protestas, violencia y memoria en el NOA, doc. GrupoClacso. <http://www.clacso.org/wwwclacso/espanol/html/grupos/grupos/cultura/Clacso-Catela.doc>

3 LECHNER, Norberto (1995). La reforma del Estado y el problema de la conducción política, México, FLACSO.

4 LONGO, María Eugenia (2005). Un tiempo incierto. La socialización en el trabajo en un contexto de transformaciones. Asociación Argentina de Especialistas en Estudios del Trabajo ASET. www.aset.org.ar/7congreso.htm

5 DUBAR, Claude (2000). La Socialisation, París, Armand Colin.

6 LECHNER, Norberto (2002). Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política, Santiago, LOM Ediciones.

7 ELIAS, Norbert (1989). Sobre el tiempo, México, Fondo de Cultura Económica.

8 DUBAR, Claude. (2002). Op. Cit.

9 RAMPAZI, Marita (1989). “Histoire, biographie, quotidienneté: les temporalités des jeunes” en Temporalistes n°10, <http://www.sociologics.org/temporalistes>

10 LECHNER, Norberto (2002). Op. Cit. 34.

11 Ídem. pág. 36.

12 Ídem. pág. 37.

13 LAIDI, Zaki (2000). Le sacré du présent, París, Flammarion. pág. 68 citado en LONGO, María Eugenia “Un tiempo incierto. La socialización en el trabajo en un contexto de transformaciones”. Asociación Argentina de Especialistas en Estudios del Trabajo. www.aset.org.ar

Bibliografía

Bleichmar, Silvia (Comp.) (1994) *Temporalidad, Determinación y Azar*. Editorial Paidós, Buenos Aires.

Catela da Silva, Ludmila (2003) "Nos vemos en el piquete... Protestas, violencia y memoria en el NOA", doc. GrupoClacso.

Dabas, Elina y Najmanovich, Denise (comp.) (1995). *Redes. El lenguaje de los vínculos. Hacia la reconstrucción y el fortalecimiento de la sociedad civil*. Ed. Paidós. Buenos Aires.

Dubar, Claude (2000). *La Socialisation*, París, Armand Colin.

Dubar, Claude (2002). "L'articulation des temporalités dans la construction des identités personnelles: questions de recherche et problèmes d'interprétation" en *Temporalistes n° 44*, <http://www.sociologics.org/temporalistes>

Elias, Norbert (1989). *Sobre el tiempo*, México, Fondo de Cultura Económica.

Grossin, William (1987). "Théories et pratiques temporelles" en *Temporalistes n° 5*. <http://www.sociologics.org/temporalistes>

Hall, Edward (1997). *La dimensión oculta*. Siglo XXI, México.

Laïdi, Zaki (2000). *Le sacré du présent*, París, Flammarion

Lechner, Norberto (1995). *La reforma del Estado y el problema de la conducción política*, México, FLACSO.

Lechner, Norberto (2002) *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*, Santiago, LOM Ediciones.

Longo, María Eugenia (2005) *Un tiempo incierto. La socialización en el trabajo en un contexto de transformaciones*. Asociación Argentina de Especialistas en Estudios del Trabajo (ASET). www.aset.org.ar/7congreso.htm

Rampazi, Marita (1989). "Histoire, biographie, quotidienneté: les temporalités des jeunes" en *Temporalistes n° 10*, <http://www.sociologics.org/temporalistes>